

Juan March: El último pirata del Mediterráneo

Francisco Bobillo

En el mes de marzo de hace quince años moría, después de un accidente sufrido cerca de Torrelodones, el titular de la fortuna mayor del país. Una fortuna pacientemente acumulada partiendo de cero, a base de habilidad, instinto, ambición... y una absoluta falta de escrúpulos. Una fortuna que llevaba aparejada el importante poderío político y social que todo capital conlleva, pero que, en este caso concreto, se vio multiplicado por las diversas implicaciones políticas, algunas decisivas para España, que tuvo, a lo largo de toda su vida, el constructor del intrincado laberinto financiero que entonces y hoy lleva su nombre. Moría el fundador con un "Jesús mío, misericordia", en los labios, pero ha continuado el imperio, conducido con no poca habilidad por sus herederos, hijos y nietos, y persiste asimismo su influencia en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Influjo que tiene un enorme alcance, hasta el punto de conseguir que casi todo el mundo ignore cómo se amasó la fortuna y cuál fue la trayectoria, personal y económica, seguida por su hacedor: Juan March y Ordinas.

Cuando se hace alguna referencia al espíritu empresarial español, todo el mundo piensa de inmediato en unos apellidos catalanes o vascos en su mayoría, muy conocidos por sus actividades económicas y sociales y acerca de los cuales se sabe lo suficiente para poder bosquejar, improvisadamente, una biografía de urgencia. Con March no ocurre lo mismo. Hubo unos años en que la vanidad o el deseo de afirmar su poderío lo llevaron a realizar algún acto público espectacular. Y ha habido también un conjunto de hechos que, aun sin desearlo, no han podido permanecer ocultos. Pero si además de su cuantiosa fortuna hay algo de verdad sorprendente en la vida de esta persona que supo jugar y ganar bajo la Mo-

narquia, la dictadura de Primo de Rivera, la República y el franquismo, es la carencia de datos señalada. El propio March fue sumamente celoso de su intimidad, relaciones personales, familia y, en general, de la mayoría de sus actos. Poseía una serie de períodos, pero jamás concedía una declaración periodística. Hablaban de él sus amigos y sus enemigos, él no se molestaba apenas en corroborar o desmentir lo que unos y otros decían.

Se se ocultaba

Resulta relativamente sencillo explicar esta ausencia de datos en casos como el de Howard Hughes, quien pasaba grandes temporadas aislado por completo en una inaccesible planta de cualquiera de sus hoteles, pero en el caso de March, viajando continuamente, llevando una activa e intensa vida empresarial y política, la única explicación al secreto señalado es su firme voluntad de que así ocurriese. Para ello compraba a unos y amedrantaba a otros, y la paciencia empleada para ocultar muchos de sus bienes o los alijos de contrabando, la utilizaría también para rodear de sigilo su vida privada. De este modo si alguien superaba los obstáculos —dificiles y a menudo eficaces barreras— que constituyen el dinero y el miedo, era para encontrarse con una intrincada y geométrica maraña formada por compras y ventas, constitución y disolución de sociedades, testimonios, e incluso documentos, contradictorios, desapariciones de archivos y protocolos públicos, inoperancia de pruebas irrefutables..., en fin, un panorama para desanimar a cualquiera.

A cualquiera, sí. Pero no a Bernardo Díaz Nosty. Con frecuencia ha sido señalada la aproximación y permeabilidad psicológica que muchas veces termina produciéndose entre biógrafo y biografiado, y pese a su carga crítica, tampoco esta obra es una

completa excepción a tal criterio. Idéntica paciencia, tenacidad y esmero tuvo don Juan March para ocultar su vida como Díaz Nosty para reconstruirla. Hace poco leía que en este estudio su autor había invertido más de cuatro mil horas de trabajo, y teniendo en cuenta todo lo que en él se relata, analiza y desentraña, me parecieron pocas horas.

Séptima fortuna mundial

Diversos autores (Roldán, Muñoz, Tarnes, Moya, etc.) han estudiado el proceso y la influencia del capitalismo español desde distintas vertientes que en el fondo son siempre la misma: el poder político y económico, el dominio de una clase. Pero don Juan March, séptima fortuna mundial en 1962 y primera española, lograba sustraerse una y otra vez al análisis minucioso, al estudio que traspasa los precarios límites de la cita eventual. La fundación por él creada y que lleva su nombre, en aras de dotar a su figura del talante de filantropía y mecenazgo que entendía precipitarse en el olvido sus actividades delictivas le habría de servir, además de facilitarle la tributación, para financiar las investigaciones de una enorme lista de artistas y estudiosos de campos varios que March presumía no profundizarían en exceso sus estudios en contra del financiero.

Se acostumbra a reconocer que sólo una pequeña parte de sus negocios tienen su sede en España. Pero esa pequeña parte es suficiente para que sectores tan diversificados como la Banca, los transportes marítimos, construcción, electricidad, grandes almacenes, inmobiliarias, cementos, químicas, etc., se ven fuertemente influidos por las actividades del grupo. En cualquier sector económico de los citados aparece siempre, de un modo u otro, capital March, atesorado, con la benevolencia o complicidad estatal,

mediante el contrabando de tabacos y otras mercancías, y multiplicado gracias a unas cualidades personales sin parangón en nuestra reciente historia económica.

Esas cualidades y el constante empleo de las mismas, sin que hubiera apenas nada que pudiera detenerlas, son las que aparecen a lo largo de las páginas del libro de Díaz Nosty, delimitando los contornos de una figura, mitificada por la leyenda y el rumor, pero que, en cualquier caso, ha tenido una enorme capacidad de decisión e influencia en momentos cumbres. Así, cuando dedicó gran parte de su fortuna —se calcula que fueron mil millones de pesetas, un tercio de su capital de entonces— en financiar el Ejército de Franco en la primera época de la guerra civil. Con la victoria de su deudor los recuperó sobradamente, pero acaso el resultado de la guerra fuera otro sin su intervención, en aquellos momentos decisiva. Tuvo también un destacado papel, en lo que al Mediterráneo se refiere, durante las dos guerras mundiales, sobre todo en la última, llevando un complejo doble o triple juego que le permitió incrementar aún más sus propiedades. Realizaba servicios de inteligencia para cualquiera que le pagase bien, en este caso, para los alemanes, aunque en España estuviese todo raconado. Fue republicano, franquista, monárquico, apoyó a unos y a otros, conservadores o liberales, con una extraordinaria astucia y talento guiado por un único interés: preservar y acrecentar su fortuna. Era su ética. Se ha dicho que gustaba del calificativo que dio título al libro de Benavides, "El último pirata del Mediterráneo", a pesar de que comprase casi íntegras unas tras otras sus sucesivas ediciones.

A propósito del libro de Bernardo Díaz Nosty "La increíble ascensión de Juan March". Ed. Sedmay, Madrid, 1977. 488 págs.